

Home

La página cuenta con cuatro apartados en el home, un botón para iniciar sesión y otro para registrarse.



Búsqueda

Apartado de búsqueda. Se encuentra en varias ventanas.



Ventana de búsqueda



Lectura de cuento

Biblioteca Virtual

Pinocho El cuento original

emanoxxx

Botón para ver cuentos del usuario

Había una vez un carpintero llamado Maestro Cereza, era el artesano más anciano de la región y sus arrogadas manos eran capaces de hacer auténticas obras de arte con la madera. Pese a su avanzada edad, todos los días el Maestro Cereza subía a lo alto del monte a talar la madera que necesitara para hacer sus trabajos. Una fría mañana de invierno, Cereza encontró un extraño tocón de madera en medio de la espesura del bosque. Tenía un color maravilloso, casi parecía brillar. Además, frente al aspecto tosco y salvaje de los troncos de la zona, este parecía haber sido ya pulido y tratado con barniz. El anciano carpintero, lo ató a su espalda y se encaminó de vuelta a su taller, pensando en lo maravillosos que quedarían todos los habitantes del pueblo al ver la mesa que podría tallar con esa madera tan espectacular. Al llegar al taller, el maestro preparó rápidamente sus herramientas y cuando estaba a punto de cortarlo, el trozo de madera comenzó a hablar. ¡No, no me hagas daño! Por favor... El maestro carpintero pensó que estaba soñando, se restregó los ojos y agarró su punzón favorito. Muy despacio, colocó la punta sobre la madera y apretó un poquito... ¡Ay! ¡Ay! ¡No me pinches! Asustado, Mastro Cereza pensó que era una buena idea deshacerse de él inmediatamente. Si se lo decía a alguien, pensaría que estaba loco, así que la dejó encima de la mesa y se puso su abrigo para salir a tomar el aire, nada más abrir la puerta ¡pum! chocó de bruces con su vecino Geppetto, que estaba en la puerta. El barrio donde ambos vivían era el lugar donde trabajaban y habitaban todos los artesanos de la madera, allí había carpinteros, ebanistas, zapateros... Geppetto hacía zapatos y marionetas y esa mañana había acudido al Maestro Cereza para contarle un nuevo proyecto que tenía en mente... ¡Quería hacer una marioneta! pero no una cualquiera, su títere sería el más grande de la ciudad, casi del tamaño de un niño de verdad. Entonces, el Maestro Cereza vio la oportunidad de deshacerse de ese tronco de madera tan extraño, se lo regaló a Geppetto y este, loco de contento, volvió a casa con el trozo de madera bajo el brazo, pensando en el nombre que le pondría al títere: «¡Lo llamaré Pinocho!» «¡Ese nombre le traerá suerte!» Cuando llegó a su taller, empezó a tallarla, pero de repente... «¡Ay, me haces daño!» dijo el trozo de madera... Para su sorpresa, la pieza de madera estaba hablando a Geppetto. Por imposible que pareciera, el hecho de que ese trozo de madera hablara, no le resultó inquietante... cogió un paño, le puso un poco de barniz por encima y le dijo, tranquilo, voy a tallarte muy despacio, no vas a notar más que unas cosquillas. El buen hombre, entusiasmado, continuó su trabajo: primero modeló la cabeza, el pelo y luego los ojos, que inmediatamente comenzaron a mirarlo. Acababa de hacer la nariz cuando una fría mano de madera le quitó las gafas. Sin ellas, Geppetto no veía nada y tan solo podía escuchar las risas que salían de la marioneta. Geppetto, con lágrimas en los ojos, exclamó: «¡Qué hijo tan travieso! ¡No te he terminado todavía y ya estás empezando a hacerme reír!» Estuvo trabajando toda la noche sin moverse del sitio, al día siguiente, había una marioneta del tamaño de un niño sentada en la mesa de trabajo. El amable zapatero trató de enseñarle a caminar. Pinocho, con las piernas estiradas, dio un par de pasos torpes y poco después comenzó a correr alrededor de la habitación y Geppetto detrás, sin poder alcanzarlo, hasta que el títere abrió la puerta salió a la calle. Geppetto trató de cogerle, pero Pinocho corrió más rápido que él y aunque el pobre zapatero no paraba de gritar: «¡Detente! ¡No corras!» la gente se reía de la escena y nadie le ayudaba. Afortunadamente, un soldado, después de oír los gritos puso la zancadilla a Pinocho, que tropezó y se cayó al suelo. ¡Te voy a tirar de las orejas!» dijo el soldado. ¿Has robado a este anciano? Pinocho, muy asustado no hablaba, solo miraba con esos enormes ojos a su fatigado padre. Geppetto, igual de asustado que Pinocho pidió disculpas al soldado, le dijo que era solo un juego y que no volvería a pasar. Así que el soldado, dejó irse a Geppetto y a Pinocho, no sin antes tener que escuchar una buena reprimenda. El títere abrazó a su padre: «¡Me portaré bien, te ayudaré en el taller, iré al colegio y seré el que mejores notas saque!» exclamó feliz. Geppetto, conmovido, respondió: «Te agradezco tus buenas intenciones, pero ni siquiera tenemos dinero para comprar los libros». Ambos volvieron caminando hacia el taller en silencio... Empezaba a nevar. Una mañana, Pinocho estaba adormilado cuando escuchó un ruido en la puerta. Alguien trataba de abrir desde fuera. Pensando que eran ladrones, Pinocho se asomó por la ventana y allí vio a su padre, tirando de frío mientras sujetaba una bolsa de tela con una mano y con la otra trataba de abrir el portón del taller. «¿Qué hay del abrigo, papá?» «¡Lo vendí!» «¿Por qué lo vendiste?» «¡Porque a mis años no me hace falta tener abrigo!» y entonces sacó un viejo libro de la bolsa de tela. Pinocho saltó al cuello de Geppetto para besarle... ¡Había vendido su abrigo para comprar libros! Ahora podría ir al colegio. El invierno llegó a su fin, había dejado de nevar y Pinocho, con el nuevo programa de estudios bajo el brazo, se fue a la escuela lleno de energía. Ahora ni siquiera necesitará a escribir ni mañana aprenderá a hacer cuentas. Entonces hará algo de dinero y comprará una nueva chaqueta a Geppetto. Se lo

Cuentos de usuario

Biblioteca Virtual

Botón de regreso a home

emanoxxx

Horacio Quiroga

emanoxxx

Leer

Pinocho El cuento original

emanoxxx

Leer

botón de lectura

Apartado de inicio y registro

Este apartado se compone de dos botones el cual despliega un formulario para registro y otro para inicio de sesión, cada uno con campos de texto para introducir los datos solicitados.

The diagram illustrates the user flow for login and registration. At the top, two blue buttons labeled 'Sign in' and 'Sign up' are shown. A double-headed vertical arrow connects the 'Sign in' button to a 'Sing in' modal form below it. A horizontal arrow points from the 'Sign up' button to a 'Sing up' modal form below it. Both modals are white with a dark gray border and a close button (X) in the top right corner.

Sing in Modal:

- Header: Sing in (with close button X)
- Form fields:
 - Nombre de usuario (text input)
 - Password (password input)
- Buttons: Close (gray), Acceso (blue)

Sing up Modal:

- Header: Sing up (with close button X)
- Form fields:
 - Email (text input)
 - Password (password input)
 - Nombre (text input with placeholder 'nombre')
 - Username (text input with placeholder 'username')
- Buttons: Close (gray), Sign up (blue)

Ventana home al iniciar sesión

Al iniciar sesión se agregan los botones Cerrar sesión, editar perfil y uno con el nombre del usuario.



botón usuario te manda a cuentas de usuario



Cerrar sesión

Ir a página de edición de usuario



Escribe tu cuento

Título

Que Genero es?

Fantasia

Contenido

Cerrar

Subir cuento

Pagina de cuentos a editar

Biblioteca Virtual

emanxxxx

Horacio Quiroga

emanxxxx

Editar

Pincho El cuento original

emanxxxx

Editar

Página de edición de cuentos

Biblioteca Virtual

emanxxxx

Titulo

Horacio Quiroga

Que Genero es?

Infantil

Contenido

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus solitarias niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre. La casa en que vivían infundía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pesos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo valén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—¡Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Actualizar

Borrar